

Callar la verdad...

CUENTO DE

¿Qué hacer?, ¡Dios mío!, ¿qué hacer? Alicia estaba sumida en un mar de dudas. ¿Cómo acertar? ¿Cómo no cometer una equivocación terrible? ¡Si solamente tuviera a quien poder consultar su caso! ¿Pero a quién preguntar? Madre no tenía, y su padre...; una sonrisa de afecto asomó a sus labios. Su padre, tan bueno, tan caballeroso y... ¡tan inútil! ¿Qué sabía, ni qué entendía el pobre señor de los problemas de una muchacha de veinte años? ¿Se había dado cuenta siquiera de la existencia de José Luis? Y, sin embargo, el muchacho entraba constantemente en la casa, y Alicia, ni por un momento había ocultado el que fueran novios. Pero don Eugenio seguía en las nubes. Militar retirado, vivía en un mundo propio que más tenía que ver con la pasada guerra de Cuba que con la actualidad madrileña. Su pensión había imaginado le bastaba para vivir él y para que viviera también su hija. Pero Alicia tenía otras ideas, y cuando el precio de la vida la hizo comprender que si no se sometían a grandes privaciones irían camino de la deuda, calladamente, sin ostentación, sin decir nada a su padre, que nunca lo hubiera comprendido, buscó trabajo y lo encontró como secretaria en una empresa de seguros. Su educación, sus modales distinguidos, su voz agradable, la hacían valiosa para el recibo de visitas y aun muchas veces para convencer a algún cliente recalcitrante. Y era allí donde conociera a José Luis. Amigo de uno de los hijos del director de la empresa, tenía la costumbre de esperarle a la salida de la oficina y desde el primer momento se sintió atraído por la señorita Alicia, de mirada inteligente y tranquila, que sabía ser cortés y amable con las visitas sin caer en tontas coqueterías. Su amistad primero, y su amor después, les pareció a los dos la cosa más natural del mundo.

José Luis era, en realidad, un muchacho tímido. Sus padres, los marqueses de Castro Montero, habían contraído matrimonio pasada la primera juventud, y el muchacho, hijo único, adolecía de la excesiva seriedad de los que desde la infancia han convivido siempre con personas mayores. Con Alicia, sin embargo, se sentía comprendido y por primera vez en su vida hallaba una persona de su edad con quien compartir ilusiones y gustos. No había pasado inadvertida en la oficina esta amistad, y, buena intención o envidia, los comentarios eran frecuentes.

«Se creerá la tonta de ella que él va en serio. ¡El marqués y la secretaria! ¡Esas cosas sólo pasan en las películas! ¡Ya puede andarse con cuidado!», decían las compañeras de oficina, y en cuanto a los hombres, se reían de la buena fe del muchacho.—«¡Será capaz de dejarse pescar! Menudo primo. Para que luego se fie uno de las mosquitas muertas».

Afortunadamente, Alicia y José Luis vivían en un mundo muy por encima de estos chismes. Lo cual no quería decir que su horizonte se encontrara limpio de nubes. Había una, y muy gorda, que era los padres del muchacho. El los había hablado de su novia, y ellos habían torcido el gesto. No es que tuvieran nada especial en contra de Alicia, pero les llenaba de recelo la manera de conocerse, no podían acostumbrarse a la idea de independencia que significaba el trabajo de oficina para una mujer. Verdad era que los marqueses de Castro Montero, que siempre habían hecho una vida retirada, donde el mayor temor se tenía a las innovaciones, conocían poco algunos problemas de la vida. José Luis era toda su esperanza y toda su ilusión, y si les hubieran dicho que el mundo entero se doblaba a los pies de su hijo, lo hubieran considerado la cosa más natural del mundo. El muchacho, por otra parte, se sentía incapaz de dar el menor disgusto a sus padres. Pero cómo vivir ya sin Alicia? Su novia no ignoraba el problema, y durante días y meses se había discutido una posible solución. Por fin, al acercarse las fiestas de Navidad, José Luis consideró haber encontrado una idea genial. En esta fiesta de la Natividad del Señor, algunos amigos y parientes lejanos tenían la costumbre de visitar a los marqueses a la salida de la Misa del Gallo. ¿Y si entre ellos fuera este año Alicia? José Luis estaba convencido que bastaría con verla para que sus padres quedasen a su vez completamente rendidos.

Alicia era un poco más escéptica ante este plan. Aún más, instintivamente la repugnaba la idea. Presentarse ella así, en una casa, sin conocer a sus dueños... José Luis había insistido, y ella había terminado por prometer.—«¿Pero, ¡Dios mío!, había hecho bien?» ¿A quién podía consultar el caso? Eran ya las ocho de la noche del 24 de diciembre y se sentía con los nervios de punta.—«¿No iba a hacer un disparate?»—«¿No iban a echarlo todo a perder? ¿No sería mejor esperar?»

Esta es la historia de un viaje... en ascensor. Alicia consigue domar los nervios y pasar el rato más emocionante de la más emo-

A las once la llamó por teléfono José Luis.

—Me será imposible ir a buscarle a la salida de la iglesia.

Ya sabes que nosotros tenemos aquí la misa en la capilla, y no creo poder escaparme.



Los padres de José Luis...

—¡Escucha, José Luis! ¿Y si lo dejáramos? ¡Me da miedo! José Luis estaba también nervioso. Quizá por eso su voz sonó más áspera de lo que era costumbre.

—¡Ahora vas a salir con esas tonterías! ¡Después de todo lo que hemos hablado sobre el asunto! ¡No te lo perdonaría!

Alicia estaba próxima al llanto.

—Como quieras, como quieras. ¡Iré!

José Luis había colgado, sin duda para no darle tiempo a que se arrepintiera.

El padre de Alicia dormía en su sillón. No saldría a Misa del Gallo. Alicia le había dicho que ella iría con un grupo de amigas.

En la iglesia, Alicia encontró un rincón y fervorosamente pidió al Divino Niño que la ayudara. ¡Quería ella tanto a José Luis! En esta primera noche de su venida a la tierra, ¿no podía el Salvador apiadarse de ellos y protegerlos? Salió del templo más tranquila y encaminó sus pasos hacia el hotel de los marqueses de Castro Montero. Una gran paz había descendido a su alma.